



Silvina Ocampo, con su marido, Adolfo Bioy Casares

ABC

CON SILVINA OCAMPO NO HAY MANERA

La argentina, esposa de Adolfo Bioy Casares, emerge en esta biografía como el personaje que fue y la **gran escritora** que es

La hermana menor
Mariana Enríquez



Anagrama,
2018
192 páginas
17,90 euros
E-book: 9,99
★★★★

LAURA REVUELTA

Valga el título de una novela del indomable de Boris Vian -*Con las mujeres no hay manera*- para definir a la indomable Silvina Ocampo (Buenos Aires, 1903-1993). Con Silvina no hay manera, debieron pensar aquellas gentes de bien de la alta sociedad bonaerense en la primera mitad del siglo XX, a la que su familia pertenecía de pleno derecho, y es lo que transmite esta biografía de la periodista también argentina Mariana Enríquez.

Silvina Ocampo lo tenía todo en contra para ser el centro de las miradas en aquellos tiempos de lujo, glamur e intelectualidad que campaba a sus anchas sin censuras ni cortapisas biempensantes: una hermana brillante y más que indomable, antipáticamente dominante, Victoria Ocampo, la reina de la cosmopolita escena cultural latinoamericana y allende sus fronteras (fundadora de la pionera revista *Sur*) y un marido, Adolfo Bioy Casares, guapo, rico también, y gran escritor, famo-

so por sí mismo y por ser el amigo del alma y de los chismes en complicidades cotidianas de Borges. «De que se reirán estos idiotas», dicen que exclamaba ella cuando se retiraba cada noche después de la cena y les dejaba a solas.

Cortina de humo

Silvina Ocampo lo tenía todo en contra para no ser el centro de las miradas, pero le daba igual. Disfrutaba de un segundo plano que en realidad no fue

HIZO LO QUE LE DIO LA GANA EN SU DILATADA VIDA. LE IMPORTABA POCO SER CABEZA DE RATÓN O COLA DE LEÓN

tal, una cortina de humo, como bien consta en acta a lo largo de esta breve y apasionante biografía que no se deja ningún asunto en el tintero: su infancia de niña «rara», sus caprichos de mujer adulta, las peloterías con su hermana mayúscula Victoria, las innumerables infidelidades del «pijo» Bioy Casares, sus ambigüedades de alcoba y, sobre todo, que fue y es una grandísima escritora, de cuentos inclasificables y poemas indefinidos, que tras su muerte empezaron a valorarse en su justa y excelsa medida.

Todo se resume en que Silvina hizo lo que le dio la gana a lo largo de su dilatada vida y le

importaba bien poco ser cabeza de ratón o cola de león. Fue libre porque no se diluyó en la tontería de una pobre niña rica, ñona y relamida. Más bien de esas a las que les provoca arrancar de cuajo la cabeza a los insectos. Sus cuentos fructifican en morbos y surrealismos inclasificables. Aunque ya saben que sin la alta posición familiar muchas de sus hábiles excéntricas hubieran caído en saco roto o en un reformatorio.

Silvina no fue guapa y su hermana, Victoria, sí. Seductora, así se compone la pose tras unas gafas blancas, geométricas, que solo aguantan rostros con personalidad como los de la propia Silvina o Peggy Guggenheim. Las hermanas Ocampo, que fueron seis, no sólo ellas dos, siempre en pugna. Nunca tuvieron una buena relación. Y todo porque la una le roba la niñera a la otra o porque, esto sí son palabras mayores, una de sus sobrinas, Genca, fue amante de Bioy desde adolescente y, dicen las malas lenguas sin corfirmar del todo, que también de Silvina.

Su ambigüedad sexual -que si fue amante de la madre de Bioy, que si estuvo con Alejandra Pizarnik...- se trata sin paños calientes. Unos cuentan que sí y otros, que no, aunque en una sociedad abierta, como la bonaerense de aquellos días, todo era posible y sin rasgarse las vestiduras. Silvina Ocampo tras esta biografía queda como única e inclasificable. ■

JT Leroy, la novela que se hizo real

Savannah Knoop relata en «Chica, chico, chica» cómo interpretó, en un rocambolesco engaño literario, al autor de la saga JT Leroy

JAIME G. MORA

Víctima de abusos sexuales cuando era niña, obligada a internarse en un manicomio con 14 años y con trastornos alimenticios, Laura Albert encontró en la escritura la vía para escapar de su pasado tormentoso. Lo hizo tan bien que incluso llegó a convertirse en una escritora de culto, en la década de los 90, cuando se escondió detrás de JT Leroy, el pseudónimo, más bien su álter ego, con el que firmó tres novelas. La primera de ellas, *Sarah*, estaba inspirada en la vida del propio Jeremiah «Terminator» Leroy, un transexual enfermo de sida que, obligado por su madre drogadicta, con 12 años empezó a ejercer la prostitución y que, con 15, ya era adicto a la heroína. El libro se convirtió en un fenómeno editorial. Todos querían conocer a JT Leroy.



Chica, chico, chica
Savannah Knoop
Alpha Decay, 2018
Trad.: David
Paradela López
248 páginas
23,90 euros
★★★★

ALBERT SE AMPARÓ al principio en el carácter introvertido de JT, pero el éxito de la obra hizo insostenible el anonimato. ¿Cómo no iba a dejar-se ver el chico del que todo el mundo hablaba? Albert le pidió a su amiga Savannah Knoop que se hiciera pasar por JT. Tenía 18 años la primera vez que se escondió detrás de unas gafas de sol y una peluca rubia. «Qué ironía: yo haciéndome pasar por un chico que se hace pasar por una chica», escribe Knoop en *Chica, chico, chica*, el libro en el que da su versión de este pintoresco engaño literario. El falso JT -Savannah-

fue durante seis años el juguete preferido de los famosos. Bono, de U2, le aconsejaba que se cuidara de los tiburones y Lou Reed participaba en lecturas públicas.

EL ENGAÑO DE ALBERT Y KNOOP es un extraordinario juego literario: un personaje de ficción que pasa a ser interpretado en la vida real por una joven que nunca había escrito nada y que engatusó a toda la industria cultural y mediática. Asia Argento llegó a adaptar al cine el segundo libro de JT, con un título premonitorio, *El corazón es mentiroso*. «Siempre me han maravillado las cosas que la gente estaba dispuesta a aceptar de JT: su extraño comportamiento, su pasividad, su idiosincracia -escribe Knoop. Nunca se quitaba las gafas. En sus apariciones públicas apenas pronunciaba unas pocas frases torpes-. Algo me decía que Asia no habría sido igual de generosa con Savannah».

En *Chica, chico, chica. Cómo me convertí en JT Leroy* queda retratado lo artificioso de la intelectualidad pop. «Lo que les fascinaba era su historia de supervivencia», escribe Knoop. Laura, que era quien respondía a las entrevistas telefónicas y por correo, «tenía un don, casi un sexto sentido, para saber lo que la gente de los medios quería oír».

Mientras duró la farsa, los críticos vieron en JT a un autor de la talla de Flannery O'Connor o Truman Capote. Cuando todo reventó, el fenómeno quedó reducido a una estafa. Albert tuvo que pagar 116.500 dólares a la productora que compró los derechos de Sarah. En la contraportada de los libros siempre se dejó claro que se trataba de ficción. ■



Savannah Knoop